



Onfray, M. *Pensar el Islam*. Paidós, Barcelona. 2016. 126 páginas.

Podríamos definir la filosofía de Michel Onfray como un intento de hacer una ética hedonista. En el ámbito de la religión se auto considera como ateo y, aunque su máxima obra en este ámbito es su famoso *Tratado de ateología*, tampoco podemos dejar de destacar el análisis que realiza en *Pensar el Islam*, la cual la podemos dividir en cuatro partes, en las dos primeras el autor nos contextualiza en la Francia actual, en la Francia que ha sufrido los atentados terroristas por parte del yihadismo, la tercera es una introducción y el grueso del libro lo ocupa la entrevista que le hace el periodista Asma Kouar para el periódico *Al Jadid*.

En la introducción Onfray nos relata que Francia decide intervenir militarmente en Malí en enero de 2013, motivo por el cual escribe un artículo (que se encuentra íntegramente en la obra) en el que defiende que la lógica de los acontecimientos es, precisamente, a la inversa según se concibe en Occidente: los regímenes islámicos solo amenazan Occidente desde que este les ataca y señala que los motivos de estas ofensivas son políticos, estratégicos. Dos años después, con motivo de los ataques a la redacción “Charlie Hebdo”, el autor vuelve a escribir un artículo expresando su opinión.

También debido a estos ataques a este semanario satírico francés, comienzan a aparecer noticias desligando tales acometidas del Islam pese a que los yihadistas gritasen: “¡Alá es grande!” antes de degollar a un policía. Y no solo esto, sino que el propio Estado Islámico tampoco tenía relación con esta religión.

Siguiendo la premisa spinozista: “Ni reír ni llorar, sino comprender” que titula esta introducción, nuestro autor trata de pensar los hechos sin caer en las emociones: esa misma mañana Francia había enviado un submarino nuclear a las costas orientales del Mediterráneo, no muy lejos de Siria. Con esto, lo que quiere decir Onfray es que estamos en guerra, en un conflicto bélico comenzado por Bush el 11 de septiembre de 2001; desde entonces se han bombardeado países musulmanes que no habían amenazado Europa, tales como Iraq, Afganistán, Libia, Malí y hoy, el Estado Islámico. Por ende, que estos países ahora respondan respeta la lógica de la guerra.

El filósofo francés critica la respuesta de los dirigentes políticos de su país: ¿una manifestación? ¿Para qué? Nos manifestamos porque no tenemos nada que decir; no considera que esta sea una respuesta a la altura de los acontecimientos. Además, no podemos olvidar que hubo dos manifestaciones; por un lado, la de los dirigentes con su protección por los cuerpos de seguridad y la del pueblo, expuesto a una posible carnicería que, por suerte, no se produjo.

Además, nos expone el principal problema sobre el cual reflexionará en la entrevista: ¿Es el Islam una religión de tolerancia y de paz? Según el autor, esto solo se puede decir si no se ha leído el *Corán* ni los *Hadices del Profeta*.

La actitud que defiende ante los atentados es la que ya hemos comentado antes, la de una comprensión ajena de las emociones, estas pertenecen al ámbito de los medios de comunicación dado que las utilizan para manipular a los telespectadores. Frente a la pregunta sobre la islamofobia suscitada por estos sucesos, la respuesta del autor es destacar que preferir el Islam de la paz antes que el de la guerra no es ser islamófobo. Afirmo que la causa de lo acontecido recae sobre la política francesa, pues ha generado miseria, paro, pobreza, iletrismo, culto al dinero y que ha enterrado cualquier forma de espiritualidad. Además, subraya que Europa en general y Francia en particular, no luchan contra el terrorismo, sino contra países débiles fáciles de bombardear; con el añadido de la fabricación y venta de armas de las cuales se lucran.

Respecto sobre la pregunta antes planteada, Onfray señala que hay dos formas (contradictorias) de ser musulmán, ambas justificadas por el propio Corán. Veamos un ejemplo de cada una: En la sura VIII, 7 se afirma “Exterminad a los incrédulos hasta el último de ellos” y, en la sura V, 32 “El que salva a un hombre debe ser considerado como si hubiese salvado a toda la humanidad.” Onfray recuerda que algo similar sucede en el cristianismo: en Lc 6, 29 Jesús nos dice que hay que poner la otra mejilla mientras que en Mt 10, 34-36 afirma “no he venido a traer paz, sino guerra.”

Con esto, lo que quiere dar a entender es que el Corán y el resto de textos religiosos tienen una fecha; o sea, que están ligados a un momento histórico, lo que conlleva la necesidad de hermenéutica. Nos explica que el texto más antiguo del Corán data del año 776 (y la muerte de Mahoma se produjo en el 632) y que estaba compuesto por 114 suras. En el siglo IX se establecieron unas siete versiones diferentes de este texto sagrado; este tipo de detalles hay que tenerlos en cuenta si queremos comprender el Islam. En primer lugar, lo que hay que hacer es conocer mínimamente este contexto y aquello que afirma de forma indudable. Uno ha de leer este tipo de textos con ojos de historiador, de igual modo que los textos políticos, filosóficos, espirituales, políticos...

Obviamente, después de que se produjese la colonización, el contexto en el que se desarrolla el Islam varía: unos pueblos que desean liberarse del yugo occidental descubren la capacidad de la religión islámica para enfrentarse a él. Los nacionalismos coloniales se construyen en contra de las antiguas potencias coloniales y por ello utilizan un Islam muy radicalizado.

Michel Onfray establece una extraña relación entre el Islam, la extrema derecha y la izquierda neo marxista: todos ellos coinciden en un sentimiento antisemita y en su lucha contra el Capitalismo basándose en la premisa “el enemigo de mi enemigo es mi amigo.” Y esto sucede, aunque el Corán como tal no tenga posición política, porque en él si se pueden diferenciar entre partes que se aproximan a la izquierda (odio al dinero y/o al capitalismo, ligados erróneamente a los judíos) y partes más cercanas a la derecha: misóginas y falocráticas. Este machismo por parte del islamismo, la izquierda neomarxista lo salva afirmando que al menos le confiere la dignidad robada a las mujeres por parte del capitalismo, pues este las entiende como presas de caza, mas el Islam no.

Algo similar sucede con la homosexualidad, ya que existen suras que lo tachan de abominación (sura VII, 81); aprobar el Islam es aceptar tanto su ética como una política teocrática: en el Islam todo procede de Dios. Por ello, Onfray concluye que, con el fin de acabar con el capitalismo, la izquierda se ha convertido en falócrata, homófoba y teocrática; el famoso lema ilustrado de “¡Atrévete a pensar!” se ha

convertido en un “¡Deja de pensar, sométete!”, vuelven a entender a los judíos como chivos expiatorios, devuelven el papel exclusivamente familiar a la mujer, defienden a los que persiguen la homosexualidad, renuncian a la laicidad, convierten la política en teocracia, etc.

Recuperando el hilo conductor de la obra, Onfray resume en que la solución a la problemática del Islam depende de la respuesta a la siguiente pregunta: ¿El Corán fue creado, según la tesis mutazilita o increado, según defienden los asharitas? En el primer caso, que sea creado por hombres (aunque sea con inspiración divina) implica una contextualización, lo que conlleva la posibilidad de errores. En el segundo caso, implica que es palabra directa de Dios o, dicho de otro modo, que no se puede mover ni una sola coma. Onfray explica que la escuela mutazilita apareció en el siglo VIII pero desde el IX fue reprimida y considerada heterodoxa, desapareciendo por ello en el XIII. Por el contrario, el asharismo fue fundado en el siglo X y predominó su influencia hasta el XIX: no solo afirma que el Corán fue increado, sino que niega, además, el libre albedrío (pese a ello, considera al hombre responsable de lo que es).

Onfray se acoge a la teoría de Averroes de la doble verdad en las contradicciones entre ciencia y fe: no se trata de buscar la preeminencia de la una sobre la otra, sino de una conciliación entre ambas mediante la dialéctica y la retórica aristotélica. Aunque el propio Averroes ofrece otra modalidad de esta teoría, la de distinguir la verdad para intelectuales y la del pueblo.

En la conclusión de la obra, titulada precisamente, “Para no concluir”, el autor diferencia entre la labor del periodista, basada en la emoción, y la del filósofo, que se fundamenta en una reflexión y cuya labor es descriptiva de la cadena causal de los acontecimientos: en este caso, el atentado terrorista es el último eslabón de la cadena; cadena comenzada por Bush en 1990 al atacar Iraq, cabe mencionar que por esa época, el propio Ben Laden colaboraba para el servicio secreto estadounidense.

Para finalizar, Michel Onfray afirma que Francia ha querido y buscado esta guerra, y establece que, para poder filosofar y mirar a la realidad con actitud crítica, hay que llamar a las cosas por su nombre; es decir, tenemos que evitar los eufemismos pues, si nos dan miedo el significado de las cosas, ¡qué miedo nos darán las cosas significadas!

Diego Solera  
Universidad Complutense de Madrid  
dsoler01@ucm.es